

Cigallas Christie®

LA
CASA
TORCIDA

booket

Agatha Christie

La casa torcida

Traducción de Stella de Cal



1

Conocí a Sophia Leonides en Egipto, cuando acabó la guerra. Ocupaba un puesto administrativo bastante importante en uno de los departamentos de la delegación del Ministerio de Asuntos Exteriores en El Cairo. La conocí primero por su cargo oficial y pronto pude apreciar la eficiencia que la había llevado hasta aquel puesto a pesar de su juventud: en aquella época sólo contaba veintidós años.

Además de una apariencia muy agradable, tenía la mente clara y un afilado sentido del humor que me encantaba. Nos hicimos amigos. Resultaba muy fácil hablar con ella y disfrutamos mucho las veces que salimos juntos a cenar o a bailar.

Todo esto ya lo sabía. Lo que no supe hasta que me destinaron a Oriente, cuando acabó la guerra europea, fue que amaba a Sophia y que quería casarme con ella.

Estábamos cenando en Shepheard's cuando fui consciente de ello. No me sorprendió, al contrario: reconocí un hecho que me era familiar desde hacía tiempo. La miré con ojos distintos, pese a que conocía a la perfección lo que tenía ante mí. Todo en ella me gustaba: el cabello oscuro y rizado, que brotaba orgulloso de su frente; el azul brillante de sus ojos; la pequeña barbilla cuadrada y luchadora; la nariz recta. También su traje gris claro, hecho a medida, y la impecable blusa blanca. Era encantadoramente inglesa, algo que me atraía mucho después de

tres años sin ver mi tierra natal. Nadie, pensé, podría ser más inglés. Y en ese momento me planteé si Sophia era tan inglesa como parecía. ¿La realidad es tan perfecta como una obra de teatro?

Me di cuenta de que, a pesar de la confianza con que nos tratábamos, discutiendo nuestras ideas, lo que nos gustaba y lo que no, el futuro, las amistades y los conocidos comunes, Sophia nunca había mencionado su casa ni a su familia. Ella conocía todo lo referente a mí —sabía escuchar a los demás—, pero yo no sabía nada de ella. Supuse que debía de tener un pasado normal, aunque nunca había hablado de ello. Y hasta este momento no me había dado cuenta.

Sophia me preguntó en qué estaba pensando.

Yo le dije la verdad:

—En ti.

—Comprendo —respondió. Y pareció como si fuera sincera.

—Puede que no nos veamos en un par de años —añadí—. No sé cuándo volveré a Inglaterra. Pero cuando lo haga, lo primero que haré será ir a verte para pedirte que te cases conmigo.

Me escuchó sin pestañear. Estaba allí sentada, fumando, sin mirarme.

Durante unos segundos me impacienté, temiendo que no me hubiera entendido. Entonces proseguí:

—He decidido no pedirte que te cases conmigo ahora. No funcionaría. Primero, puede que me dieras calabazas, y entonces sería muy desgraciado y probablemente me ataría a alguna mujer repugnante para curar mi vanidad. Y si no me rechazaras, ¿qué íbamos a hacer? ¿Casarnos y separarnos de inmediato? ¿Prometernos y soportar una larga espera? No consentiría que hicieras esto. Podrías encontrar a otro hombre y sentirte obligada a ser «leal» conmigo. Hemos vivido en un extraño

ambiente febril, donde todo ha habido que hacerlo cuanto antes. Los matrimonios y los asuntos amorosos se han hecho y deshecho a nuestro alrededor. Me gustaría saber que has vuelto a casa, libre e independiente, para mirar en torno a ti, formarte una opinión de este mundo de posguerra y decidir qué quieres. Lo que hay entre tú y yo, Sophia, tiene que durar. No me interesa otro tipo de matrimonio.

—Tampoco a mí —afirmó ella.

—Por otra parte —dije—, creo que tengo derecho a decirte..., bueno, a decirte lo que siento.

—Pero sin lirismos innecesarios, ¿verdad? —murmuró Sophia.

—Querida, ¿no lo entiendes? He intentado no decirte que te quiero.

Me detuvo.

—Lo entiendo, Charles. Y me gusta tu manera de hacer las cosas, tan divertida. Puedes venir a verme cuando vuelvas, si aún deseas hacerlo.

Me tocó a mí el turno de interrumpirla.

—Sobre eso no tengas ninguna duda.

—Siempre hay dudas, Charles. Puede haber factores imprevistos que lo echen todo a rodar. Para empezar, no sabes mucho sobre mí, ¿verdad?

—Ni siquiera sé dónde vives en Inglaterra.

—Vivo en Swinly Dean.

Asentí al oír el nombre del conocido barrio de las afueras de Londres, que se enorgullece de sus tres excelentes campos de golf para los financieros de la ciudad.

Sophia añadió con suavidad, en un murmullo:

—«*En una casita torcida*»...*

* Alusión a una conocida canción infantil, que reproducimos y traducimos literalmente. El original inglés dice así:

There was a crooked man and he went a crooked mile. He found a crooked

Debí de mostrar mi asombro porque ella pareció divertida y se explicó, completando la cita:

—... «*y todos vivieron juntos en una casita torcida*». Así somos nosotros. No es que la casa sea pequeña. Pero está torcida, llena de arcos ojivales y vigas de madera.

—¿Tienes mucha familia? ¿Hermanos?

—Un hermano, una hermana, mi madre, mi padre, un tío, una tía política, un abuelo, una tía abuela y una bisabuela.

—¡Qué barbaridad! —exclamé, un tanto abrumado.

Ella se rio.

—Aunque por lo general no vivimos todos juntos. La guerra y los bombardeos nos han reunido. Pero no sé —frunció el entrecejo, pensativa—, puede que espiritualmente la familia haya vivido siempre unida, bajo la protección y la mirada de mi abuelo. Tiene una gran personalidad. Es todo un personaje. A pesar de sus más de ochenta años y de su metro cuarenta y cinco de altura, a su lado todos parecen poca cosa.

—Debe de ser una persona muy interesante —aventuré.

—Es un tipo interesante. Es griego, de Esmirna. Se llama Aristide Leonides. —Y añadió con un guiño—: Es inmensamente rico.

—¿Crees que quedará algún rico cuando todo esto acabe?

—Mi abuelo seguirá siendo rico —afirmó Sophia muy convencida—. Por mucho que expriman a los ricos con

sixpence beside a crooked stile. He had a crooked cat which caught a crooked mouse. And they all lived together in a little crooked house.

(Érase un hombre torcido que anduvo una milla torcida. Encontró seis peniques torcidos junto a un portillo torcido. Tenía un gato torcido que cogió un ratón torcido, y todos vivieron juntos en una casita torcida.)

En esta rima se juega con la palabra *crooked*, que tiene el doble significado de «torcido» y «deshonesto». (N. de la t.)

impuestos, a él no lo tocarán. Será él quien exprima a los exprimidores.

Tras una corta pausa, añadió:

—Me pregunto si te gustaría.

—¿Te gusta a ti? —pregunté.

—Más que nadie en el mundo —dijo Sophia.